

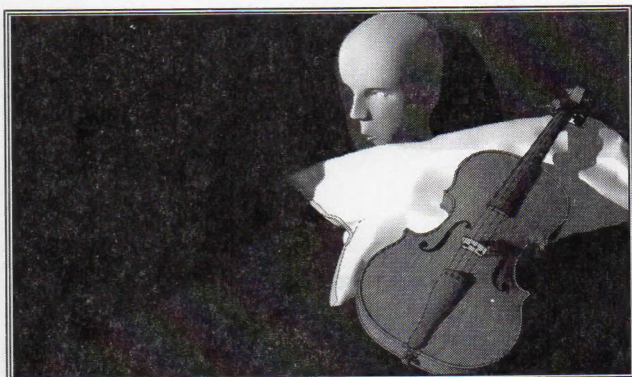
15to. Concurso de Cuentos
Radio Santa María



Cuentos premiados 2008

150.
*Concurso
de Cuentos*

Radio Santa María



Cuentos Ganadores
2008

Segunda Edición, Noviembre de 2008
Antología del 15º Concurso de Cuentos de
Radio Santa María

Diseño, cuidado de edición; corrección de
originales y pruebas :
CARLOS FCO. FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diagramación, composición y diseño portada:
CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA

Ilustraciones interiores y portada:
HENRY PAULINO TORRES

Impreso en Santo Domingo
República Dominicana.

Es propiedad reservada de Radio Santa María.

Indice

	Pág.
A manera de introducción	7
<i>Cuento Premiados</i>	
Primer Premio:	
El Desertor	13
Segundo Premio:	
Movimiento Elemental	23
Tercer Premio:	
El Eslabón Roto	29
Cuarto Premio:	
Garañón	43
<i>Menciones de Honor</i>	
Primera Mención:	
El Espejo Familiar	48
Segunda Mención:	
Terminal	57
Tercera Mención:	
Cita a Ciegas	62
<i>Anexos</i>	
Acta Unica	70
Sobre los ganadores	72
Sobre el ilustrador	76

A manera de introducción

Palabras del

P. Eduardo García Tamayo, SJ

Director General de RSM

Sres. y Sras. de la mesa principal

Amigas y amigos

Esta cita de primavera con Uds., ya un poco avanzada la estación, celebra la decimoquinta cosecha de cuentos presentada al Jurado del Concurso de Cuentos de Radio Santa María. Como siempre, con el generoso patrocinio del Grupo León Jimenes, que se asocia a esta emisora para premiar a los escritores y escritoras que cultivan este género.

Para la decimoquinta versión del Concurso de Cuentos, han sido presentadas 104 obras por parte de 56 autores diferentes. Los escritores han sido más numerosos que las escritoras: 46 hombres y 10 mujeres, que han remitido sus obras desde 20 localidades distintas. El mayor número vuelve a ser de

la capital del país, Santo Domingo, con 19 autores, seguida de la Culta y Olímpica ciudad de La Vega, con diez participantes y Santiago con ocho. Las demás localidades están representadas por dos autores, como Jarabacoa y San Cristóbal, o por uno solo, como es el caso de trece provincias del país. Finalmente, desde el extranjero han participado dos narradores: uno desde España y otro desde Nueva York, Estados Unidos de América.

De todos ellos, el Jurado, compuesto por Carlos Fernández-Rocha, Emelda Ramos y Luis Beiro, ha seleccionado cuatro obras para los primeros cuatro lugares y tres menciones de honor. El presidente del Jurado, Fernández-Rocha, nos introducirá en breve a las obras premiadas.

Por mi parte, les invitamos a compartir con nosotros el gozo ante este misterio de la creación literaria, de la creatividad humana que es capaz de imaginar algo que se compone, a la vez, de memorias de lo vivido y de "adivinar algo que no ha sucedido, pero que está sucediendo en la escritura", en frase del crítico argentino Giardinelli, para quien el cuento sería el género literario más antiguo del mundo y, a la vez, el último en venir a escribirse. El cuento se asemeja a la travesía humana a lo largo de la historia, ya que "toda la historia de la humanidad es una narración, primero oral, luego escrita". Aun

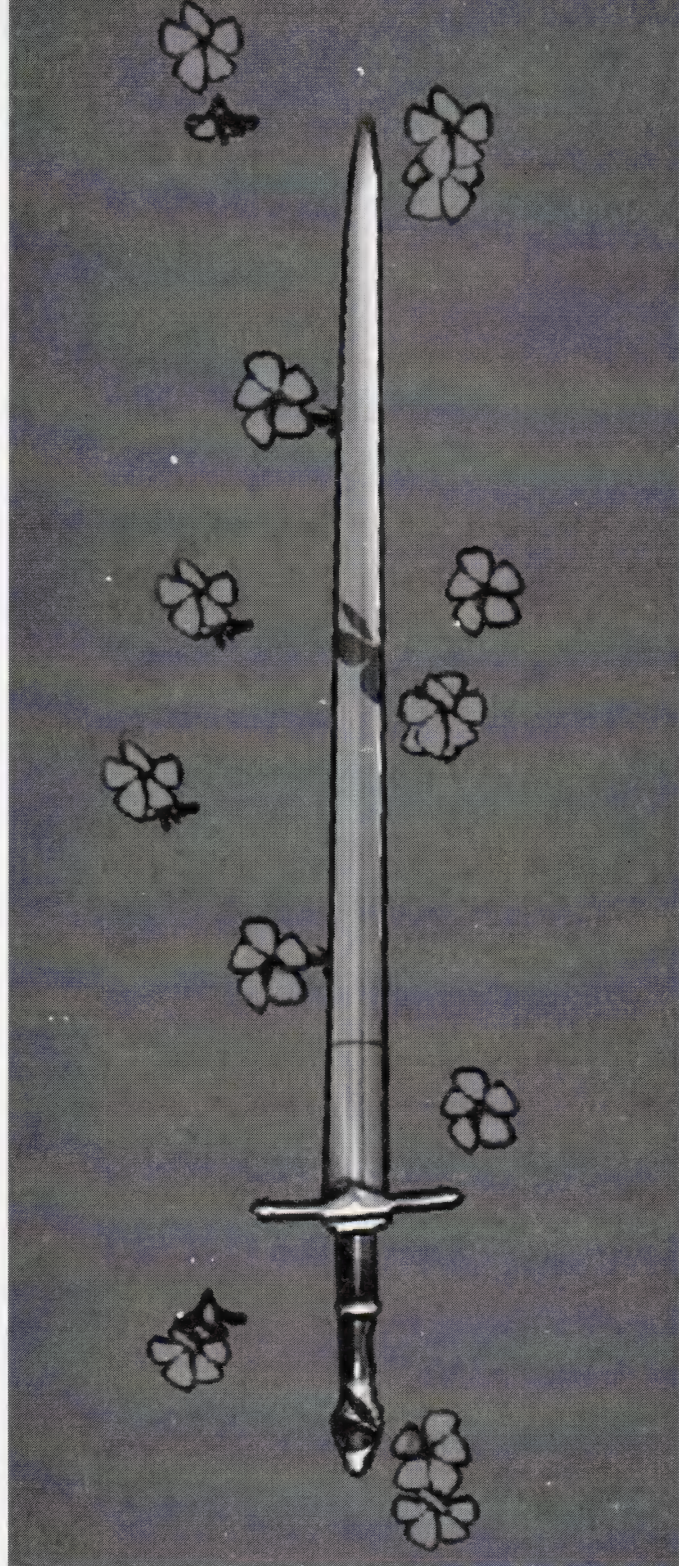
la Palabra de Dios, la Biblia, consiste en una colección de narraciones sobre lo que Dios ha hecho junto con la humanidad.

En segundo lugar, les invito a celebrar la puesta en circulación del volumen de cuentos premiados en las decimotercera y decimocuarta versiones del Concurso de Cuentos, años 2006 y 2007. Dificultades de logística nos impidieron imprimir y entregar estas obras que hemos reunido en un solo volumen con dos tomos yuxtapuestos. Con esta entrega, recuperamos el ritmo normal de publicación de cuentos premiados. Así, Dios mediante, esperamos poner a circular a fines de año los cuentos que hayan resultado ganadores en esta XV versión, cuando demos apertura a la XVI versión del Concurso de Cuentos.

Gracias por su presencia, que es un estímulo muy concreto para estos escritores y escritoras. Gracias, de antemano, por su lectura de estas obras que desde ya pasan a pertenecer al patrimonio de la narrativa dominicana y a la literatura nacional.

6 de Mayo, 2008

*Cuentos
Premiados*



Primer Premio

El Desertor

Seudónimo: Doroteo Arango

Autor: Juan Ramón Pueriet

Mientras miraba a María, Benoit se fue llenando de sueños e ilusiones. Y se fue formando un mundo alrededor de la esperanza de empezar en esta nueva tierra una vida nueva, formando con María una familia cuya descendencia, de generación en generación, se multiplicaría hasta llenarlo todo como lo hacen en el cielo las estrellas en una noche clara.

En Francia, mientras el ejército lo llevaba de campamento en campamento por los confines de las fronteras, había soñado en volver a las propiedades de sus abuelos y cultivar las uvas con que se elaboran los mejores vinos. Deseaba vivir en el campo disfrutando de los crepúsculos rojos y el cantar de las aves confundándose con los leves sonidos de la brisas al pasar por entre las hojas de los árboles. Entonces, tirado boca arriba en el suelo de cualquier

campamento, cerraba los ojos y se transportaba en la imaginación a una vieja mecedora, en la sala de una cabaña envuelta en la noche, apenas con la pequeña isla de luz que producía una vela colocada junto a la cena en la mesa de la sala. Pero las tierras de sus mayores ahora eran ajenas; y dos años antes, lo habían mandado a la isla.

Nunca había visto un lugar más diferente de Francia. Desde que bajó de un bote a remos que lo trajo del barco a la playa detrás del Morro, sintió que estaba en el interior de un horno. Para embarcarse, había llegado al puerto de Brest, en la costa atlántica francesa, caminando por un campo cubierto de nieve, en donde el camino serpenteaba entre pinos con las ramas inclinadas por el peso de la nieve. Sobre la arena marrón estrujadas por olas violentas, continuó extrañando la patria con más intensidad que durante la penosa travesía. Y eso, que las embarcaciones habían tenido que jinetear sobre olas violentas que le revolvían el estómago para burla de los viejos marinos que con una mano para sí y otra para el barco se movían como pez en el agua.

En dos años, trascurridos entre las espinas de los cambrones y cayucos de los alrededores de Monte Cristi; y separado de Francia por miles de millas de océano, había ido creciendo en él la necesidad de

pertenecer a un núcleo más cercano que los compañeros de armas del batallón. Allá había terminado de cansarse de que el ejército lo llevara por el mundo como un juguete del destino. Ahora, en Santiago, con la primera impresión, se convenció de que era un buen lugar para vivir.

Guayubín, Hatillo Palma, Guayacanes, Esperanza... Todas esas pequeñas poblaciones que había pasado para llegar, no eran más que minúsculas aldeas donde a duras penas había bohíos y ranchos de yagua y cana. En cambio, en Santiago el ambiente y el paisaje le parecían acogedores. En los campos de las proximidades el tabaco, la yuca, la lechosa, el plátano y muchos otros víveres crecían con exuberancia. Incluso había visto potreros donde vacas y caballos casi eran ocultos por la abundante yerba.

Comparado con París, el pueblo era pobre. Las casas eran de madera y tenían un solo piso. Y solo de vez en cuando destacaba alguna que otra un poco más lujosa. La mayoría de los propietarios vestían ropas de trabajo mientras respiraban el sucio aroma de los animales domésticos. Pero si llegaba a tener a María, allí disfrutaría de la paz del hogar y una vida consagrada al duro trabajo del campo.

Aunque el rostro de ella conservaba la lozanía de la infancia, María ya era una adolescente. Enmarcado por una frondosa cabellera rubia, la belleza de su rostro nunca pasaba desapercibida. Hombres y mujeres, niños y viejos, todos coincidían en que era hermosa. Lo suficiente para turbarle los sentidos a un soltero joven como Benoit.

Al mirarla, los ojos de Benoit se abrían muy grandes. Unos ojos así, de un marrón claro, casi dorado, que parecían verlo todo al mismo tiempo, pertenecían o bien a un enamorado o bien a un amante de la belleza. En ambos casos, pensó María, pertenecían a un buen hombre.

A sus treinta y tantos años, Benoit mantenía la fuerza de toro con que en la adolescencia ingresó al ejército pero su fe en él mismo se había resquebrajado desde que supo que en Haití los negros habían degollado a la mayoría de los cincuenta y cinco mil soldados enviados por Napoleón Bonaparte para regresarlos a la esclavitud. Y que ya habían hecho otro tanto con los ingleses que, penetrando por el sur de Haití, habían intentado arrebatarse a Francia la colonia que le aportaba más productos agrícolas, forestales y ganaderos.

Algunos no saben qué hacer cuando su sistema de creencias colapsa, pero desde que la vio a través del

sudor que irritaba sus ojos, pensó que podía sumergirse en los ojos azules de María. Nunca antes había sentido cada gota de su sangre correr por sus venas llenándolo de esperanzas. No sabía qué decir pero ya no tenía elección. Su mirada, y con ella toda su vida, estaba prendida de los ojos azules de María. Si pudiera congelar un momento de su vida para que durara toda la eternidad hubiese escogido aquel.

Ahora, en la humilde cama de una familia de Santiago, tirado boca arriba como un moribundo, trataba de mantener abiertos los ojos a pesar de que el sudor frío le empapaba el uniforme cubierto por todo el polvo del camino real de Monte Cristi a Santiago y le corría por la cara formando un lago en la cuenca de sus ojos hundidos.

Con apenas una noche de descanso, había caminado durante dos días como parte de un batallón que comandaba el general Jean Louis Ferrand. Pero había tenido un descanso a la intemperie, a orillas del camino que atravesaba el monte de espinas entre Hatillo Palma y Laguna Salada.

Después de la derrota francesa en Vertiere, el comandante supremo de los franceses en la isla, el general Rochambeaux, había optado por rendirse a los ingleses de Jamaica, ahora convertido en aliados de los negros y mulatos que luchaban en Haití

contra Francia. Pero había surgido algo imprevisto: con apenas seiscientos hombres, Ferrand había desobedecido la orden de rendirse y atravesaba el Cibao interponiendo distancia y buscando aliados. Santiago era entonces, un pueblo de madera, yagua y cana. Y aunque sus bohíos pasaban del centenar y eran habitados por familias numerosas, no podían ofrecerle a Ferrand el suficiente respaldo para contener a las huestes de negros semidesnudos que encabezaban los generales negros que habían emergido de entre el fuego y la sangre de una guerra de exterminio. Pero eso no impedía que una familia dominicana brindase su hospitalidad a un franco al borde del sepulcro.

-¿Cómo te llamas?, le preguntó él.

- María, le respondió ella con su musical voz femenina.

Y la sangre se le subió al rostro de adolescente haciendo que su piel blanca se coloreara con un rojo intenso. "María -le dijo él-, me voy a casar contigo". Junto a ella, la madre interceptó el mensaje. Y para poner las cosa en su lugar, sentenció:

- Primero tiene que curarse. Y después...

- Dios dirá -lo interrumpió María.

Benoit no necesitaba más. Meses antes, en Monte Cristi, un anciano del lugar se había mostrado extrañado de que a su edad siguiese soltero. Y a su alegato de que necesitaba mejorar su situación económica antes de casarse, le había rispotado: "Para casarse solo se necesita una mujer".

Más exigente, la madre giró hacia ella mirándola con los ojos muy abiertos. ¿Qué diría su marido, y padre de María, frente a la soltura con que María daba esperanza a un ave de paso; francés por más señas, y derrotado, para colmo? Pero María le buscó el alma en el fondo de los ojos con una súplica muda.

La madre también había sido bella en su juventud aunque no tanto como la hija. Ella se había casado con un joven del pueblo; y aunque siempre pensó que pudo obtener un mejor partido, nunca se arrepintió de haberse casado sin ponerle precio a su belleza. Pero evocando las estrecheces en que habían crecido sus hijos, se había convencido de que lo mejor para María era un matrimonio económicamente ventajoso. "Con el amor -solía repetirle a su hija-, no se va a la bodega. Y los hijos igual se engendran con amor o sin amor". Era lo mismo que le había dicho su madre y que ella había ignorado por amor.

El otoño terminaba. Y aunque el francés ya sabía que el invierno de la isla no era lo suficientemente intenso para producir nieve ni arrancarle las hojas a los árboles, aquel era el tercero en la isla; y ya sabía lo solo y desdichado que se sentiría si la navidad lo encontraba en un camino desconocido, tal vez en mitad de un bosque, tal vez bajo la lluvia. Nada comparable al verse reflejado en los azules ojos de María.

La madre sonrió y María también. Y adivinando que aquellas sonrisas eran buenos augurios, Benoit también sonrió. A aquella altura, ya los tres sabían que cuando la columna de franceses saliera de Santiago, Benoit no estaría ni entre los que iban a pie ni entre los que iban a caballo. Iba a faltar un soldado. Y no por agotamiento. Por amor, iba a haber un desertor.




Segundo Premio

Movimiento Elemental

Seudónimo: Candy Candy

Autor: Ramón Gil

 desde que entraste en ese callejón, sabías que no hay vuelta atrás. Lo has pensado y repensado y has llegado a la conclusión de que es hoy o nunca.

Entras una mano en tu bolsillo. Allí está el dinero. Esto te da cierta seguridad. Entonces llegas hasta la puerta y en este momento todo se reduce a dos opciones: tocar y esperar a que te abran o simplemente marcharte por donde has venido.

Por supuesto que tocas y esperas, pero nadie abre. Vuelves a intentarlo y luego miras tu reloj. Ya llevas cinco minutos allí, de pie.

Tocas de nuevo y estás empezando a pensar si no te habrás equivocado cuando la puerta se abre.

Un rostro asoma y sonrío y te pregunta qué deseas. Tú sólo ves sus ojos y su pelo mojado y la abertura en sus incisivos y no sabes qué responder. Pensabas que iba a ser más fácil y que ella, desde que te viera, te invitaría a entrar.

-"Quiero hablar con usted, Sra. Ciclón" - has dicho.

Ella se ha reído con ganas. Luego abre por completo y te cede el paso.

Ahora la ves. Está en toalla y el agua le escurre del pelo a la cara.

"¿De dónde te sacaste ese nombre?" - te ha preguntado.

-"Es como le dicen en el barrio" - le has respondido con ingenuidad, con lo que ella parece quedar satisfecha y te invita a sentar.

Te acomodas en el sofá y ella se sienta en un sillón de cuero con las piernas cruzadas.

-"¿A qué debo el honor?"

Tú, por toda respuesta, vas a tu bolsillo, sacas el dinero y lo depositas sobre la mesa. Ella apenas lo mira y luego te mira a ti.

- "¿Eso para qué es?" - te interroga.

- "Quiero acostarme con usted".

Esta vez, ella no sonríe. Estira el brazo izquierdo y alcanza su caja de cigarrillos. Toma uno y lo enciende.

- "¿Qué edad tienes?" - te pregunta lanzado una bocanada de humo al aire.

- "Dieciséis" - has dicho en un susurro y bajando la cabeza.

- "Eres un crío" - ha exclamado ella y tú, por primera vez, te has puesto todo rojo.

- "No soy ningún crío" - le has dicho - "Soy un hombre".

Ella te ha mirado y ha visto tu desafío.

- "¿Tienes algún modo de probarlo?"

Te levantas del mueble, bajas la cremallera y se lo muestras.

- "Con algo así no deberías preocuparte" - exclama ella - "...nunca te faltarán mujeres".

Pero eso no te consuela porque tú la quieres a ella y la quieres ahora. Te has vuelto a sentar y esperas.

- "Guarda tu dinero" -te ha dicho. Entonces piensas que todo fue inútil, que has perdido el tiempo. Ella se pone de pie y apaga el cigarrillo. Luego se te acerca.

- "Ven mañana a esta misma hora" - acaba de decir; pero aún no crees que ella lo haya dicho.

- "¿A qué hora?" - preguntaste.

- "¿Qué hora es?" - Preguntó ella a su vez. Cuando le dijiste, te repitió que a esa misma hora mañana.

De todos modos piensas que debes insistir con hoy que estás aquí y que...

- "Hoy tengo un cliente" - te interrumpió ella - " Y nunca lo hago con dos el mismo día".

Dijiste que entendías pero en realidad no entendiste nada.

- "Ahora vete" - te dijo y cuando te pusiste de pie se te pegó y te dio un beso en la boca.

Tú reaccionaste de inmediato y la tocaste bajo la toalla. Ella te dejó y cuando creyó haberte enarde-

cido lo suficiente, volvió a despedirse de ti.

- "Una cosa más" - Te recordó antes de cerrar la puerta y dejarte de nuevo en el callejón. - "Mi nombre es Lisa".

A black and white illustration depicting a scene from a crime story. A woman, shown from the waist down, is walking from left to right. She is wearing a dark, form-fitting dress and high-heeled shoes. Her right leg is forward, and her left leg is back. In the background, there is a wooden desk with a small decorative object on it, and a rocking chair. The floor is light-colored, and a knife lies on it in the foreground, near the bottom right corner. The overall atmosphere is dark and mysterious.

Tercer Premio

El Eslabón Roto

Seudónimo: Don Patxy Sarmiento

Autor: Roberto Adames

*H*abía elegido Devorah como nombre para la protagonista del cuento. Se llamaría Devorah y sería una mujer fuerte, de voz firme y mirada en ondas como las de un lago, tendría unos 30 años y la conciencia cauterizada por los duros momentos que hasta ahora forjaban su existir.

Laura tenía la obligación consigo misma de lograr una historia que valiera la pena. Hacía casi dos años desde la publicación de su última novela y todo lo escrito desde entonces terminaba convertido en un amasijo de papeles estrujados que buscaba el zafacón como último destino. Después de meditar profundamente, llegó a la conclusión de que el problema radicaba en ella misma: algunas veces pretendía ensamblar una trama tan compleja que llegaba un momento en el cual los personajes y la historia dejaban de fluir y se convertían en una

enorme maraña sin realidad propia. Otras veces, quería ser tan autoexigente que ni siquiera llegaba a empezar el relato, cuando ya lo descartaba arrojándolo al pozo del olvido; todo esto quizás podría deberse al éxito que había alcanzado su última novela, la cual la había catapultado a la fama consagrándola dentro de un círculo de escritores bastante reducido, condición que le brindaba un cierto confort dentro del vivir cotidiano, pero que también en su momento le exigía una disciplina literaria de cuartel. O tal vez su fallido intento por lograr un relato impactante, podría estar relacionado con sus desaciertos en el amor, pues había quedado muy frustrada con su última relación y su mente pasaba gran parte del tiempo pensando en la forma de vengarse y no se concentraba en lograr algo que tuviera algún valor literario. Pero ahora ya lo tenía, Devorah sería ese eslabón faltante en la cadena de la sensibilidad y del intelecto y a la vez un mecanismo para reorientar la manada de perros de la inspiración, dado el caso. Laura, decidida, con el anhelo febril de un principiante, se sentó a escribir, recostó la espalda sobre su silla de tapiz romano, fiel recuerdo de su obcecada relación con César, al mismo tiempo que Devorah, acosada por sus perseguidores, empezaba a librar una carrera apresurada en su afán por sobrevivir, desechando yuyos y magueyes e intentando evadir ramos de casabito, los que al mínimo roce con su cara le deja-

ban tatuados, sellos de desaliento y de dolor; venía rompiendo el aire de la noche temprana con su piel; atrás quedaba el ladrido de los perros que sin dar tregua, se mezclaba con el bullicio de la gente a esa hora de la madrugada. Laura escribía: a lo sumo treintidós años tenía Devorah, pero la desgraciada vida que le había tocado vivir nos podría hacer pensar que estábamos frente a una mujer de cuarenta. Venía apresurada, sudorosa, apurando los pasos lo más que podía. Arrastraba sobre sí el cansancio y el polvo del camino. Sus manos y su ropa aún olían a sangre y humedad. Se le veía exhausta, y lo estaba. De pronto se arrojó sin fuerzas a los pies de una amapola. Se dejó deslizar lentamente y cerró los ojos: ya no escuchaba los ladridos. Los perros habían seguido por el margen del río, pero para su suerte ella se había desviado por el cañón de entre los cerros y había logrado burlar a los sabuesos. Sin embargo, necesitaba encontrar rápidamente abrigo y comida, pues el frío y el hambre se hacían cada vez más insoportables. Varias horas de una desesperada carrera por entre el laberinto de un panorama calamitoso la habían agotado por completo. Ahora, doblada en posición fetal, mientras intentaba recobrar el ánimo, pensaba en Marisol, en su vocecita orgásmica sugiriéndole que dejara a ese hombre, casi suplicándole que se alejara mientras tuviera tiempo; pero una realidad abofeteante le decía que ya era muy tarde para vacilaciones y que

lo importante ahora era ahorrar la mayor cantidad de energía posible, si es que quería lograr sobrevivir; en razón de que por el momento se hallaba rotundamente sola y aferrada a un flequito de vida que amenazaba con escurrírsele ante el menor descuido. Una oscuridad tenebrosa y elástica amarraba el lugar, todo era como una especie de cuadro de terror, una escena macabra; mientras ella, abrazada a sí misma, se amaba más que nunca.

Abrió la ventana y dejó que el viento helado le golpeará en la cara. Así era la simpleza de Laura. Su casa en las afueras de la ciudad y en total contacto con la naturaleza era, según ella, un paraíso, pero César no lo había sabido aprovechar. Estiró sus brazos hasta donde su espalda se lo permitió. Estaba muy cansada. Procuraba con todo empeño lograr una historia impactante, conmovedora, que de paso la ayudara a recuperar el sitio literario que según ella le correspondía y que por alguna razón había quedado rezagado. Por el momento sentía que caminaba de la mano con su personaje y todo iba bien, pero al mismo tiempo analizaba con detalle la forma de introducir a César en la historia y por lo menos, a través del relato, cobrarle la canallada que él le había hecho; porque no fue fácil, decía ella para sí, escuchar en el pleno apogeo de una terrible depresión "Me marchó, no aguantó más, últimamente te has encerrado en el cajón de tu propia

existencia y no vives para nadie más que para ti. Yo trataré de hacer lo mismo" y aunque todavía no se explica cómo escuchó todo eso sin pronunciar palabras, no tuvo más remedio que asimilar esa injusticia. Sin embargo, ahora podría ser el momento oportuno para que la historia pasara a ser un campo de batalla y César se convirtiera en víctima; aunque todo esto, a decir verdad, aún era suposición o más bien, maduración de ideas, porque la realidad en ese momento era que Laura no daba para más, estaba totalmente agotada, vencida por el sueño y fue así que en medio de un bostezo dejó caer lo que escribía sobre su propio abdomen, sin percatarse siquiera, del minúsculo frío que el cuerpo helado de Devorah provocaba sobre el suyo.

Al día siguiente, Laura se levantó tarde, fue a la nevera, sacó unas uvas frescas, las comió con avidez y se sentó a escribir. Devorah, de su lado, se despertó temprano y sin tener la misma suerte que su creadora continuó su feroz lucha contra las inclemencias que brindaba el momento, procurando albergar toda posibilidad de vida y al mismo tiempo luchar para no quedar limitada a un plano tan sencillo como el de morir en el intento; porque aún persistía en su interior ese instinto de supervivencia que, hacia un infinito suciamente elegido, le trazaba un oscuro camino y la mantenía en pie.

A pesar de que César aún no había ingresado al mecanismo de la historia, ya Laura le preparaba su llegada, porque al decir de la escritora, todo estaba listo para que él entrara a formar parte de este singular reparto bajo el prisma de un plano de oscura repelencia, o en palabras propias de la autora, bajo la configuración espantosa de un cruel asesinato: Cuando César recibió la primera estocada todavía bailaba en el pedestal de su furia, sus manos iban de acá para allá, como si moviéndolas pudiera controlar la tierra, luego vinieron las otras, sucesivas, esas que acabarían por completo con su existencia.

El caso es que, aunque todo esto se planeaba al margen de la opinión de una protagonista a la que sólo la consultaba el dolor, el suceso mantenía un curso marcado por el odio; sin embargo, a pesar de todo, Devorah y Laura tenían algo en común: la una dependía de la otra para hacerse dueña de un destino que aguardaba oculto entre las nieblas del desenlace, procurando a toda costa ponerle una corona al ego. Devorah no era simplemente uno de los tantos personajes que Laura había creado en sus historias; ella era más que eso: Laura, aún sin proponérselo, la había concebido como una prolongación sombría de su propia existencia, una especie de simbiosis que ella misma trataba de manejar a su merced. La una era la parte enferma de la otra, y cada una, a su modo, sacaba a flote gran parte de la

rabia acumulada durante largos años de frustración y la exhibía sin recato, tal como se expenden dulces en una vitrina. Una a punta de lápiz, la otra a punta de desvelo. Era así, Devorah le evitaba a Laura el trabajo de tener que ensuciarse las manos con César y ahora era ella quien huía desesperadamente de las garras de una trama sórdida en la que unos nefastos policías, pagados por los familiares de César, se afanaban más de lo acostumbrado y a través de una persecución tenaz, sin tregua posible, en querer capturarla viva o muerta.

Para Laura era mediodía, para Devorah tal vez la medianoche; sus vidas transitaban por el cauce de una quebrada realidad que para cada una se distanciaba en todos los sucesos singulares; pero que convergían, quizás por fuerzas que escapaban a la misma voluntad de ambas, en el resultado común de sus acciones. Devorah cobraba vida unos centímetros por debajo de la mano de Laura, justo donde terminaba el lápiz; no obstante, había una especie de influencia psicológica que la protagonista ejercía sobre su creadora y que emergía, posiblemente, desde el seno de la identificación de la una con la otra. No por eso, Laura dejaba de convertirse en el verdugo de su propio personaje, ya que al pensar en Devorah, ella no podía evitar pensar en un destino signado por el dolor y la desgracia y justamente eso era lo que transmitía con la punta afi-

lada de su lápiz. En cierto modo, ella había decidido odiar a su personaje.

Laura volvía a escribir: sudaba el miedo y las manos. A ratos volvía a escuchar el mismo ladrido de momentos atrás, los pasos sobre las hojas secas, las luces de las linternas perforando las sombras, la respiración agitada de Devorah que paulatinamente se iba transformando en un eco silente. El cansancio y el hambre conjugándose para aflorar amenazantes ante las redes de su propia piel; una piel desolada en su más profunda soledad, resultado de un cuerpo que agazapado entre los arbustos prefería morir antes que dejarse atrapar. Pensaba en el suceso de dos noches atrás, cómo tomó el cuchillo y lo colocó debajo de la almohada, él que llegó a la media noche, refunfuñando como siempre, ella haciéndose la que estaba dormida, pero eso, como en otras ocasiones tampoco funcionó; él comenzó a lastimarla con sus palabras y con sus manos; ella a sentir la descarga de su inconciencia sobre su propio rostro, hasta llegar al punto de sacar el valor y la fuerza necesaria para levantar el cuchillo y clavarlo en el pecho de César, no una, sino dos, tres, decenas de veces hasta aplacar sus golpes tras un oscuro movimiento de muerte. Todo fue rápido e imprevisto: la sangre brotando a borbotones, las contorsiones, el husmeo de la gente que comenzaba a acumularse, la huída. Ahora, oculta entre las

malezas, sus sentidos seguían alerta, escuchando los ruidos, las voces, sintiendo el olor a humedad, pero cada vez más lejanos, tenía la esperanza de que pronto sus perseguidores dejarían de buscarla y abandonarían el lugar dándola por muerta.

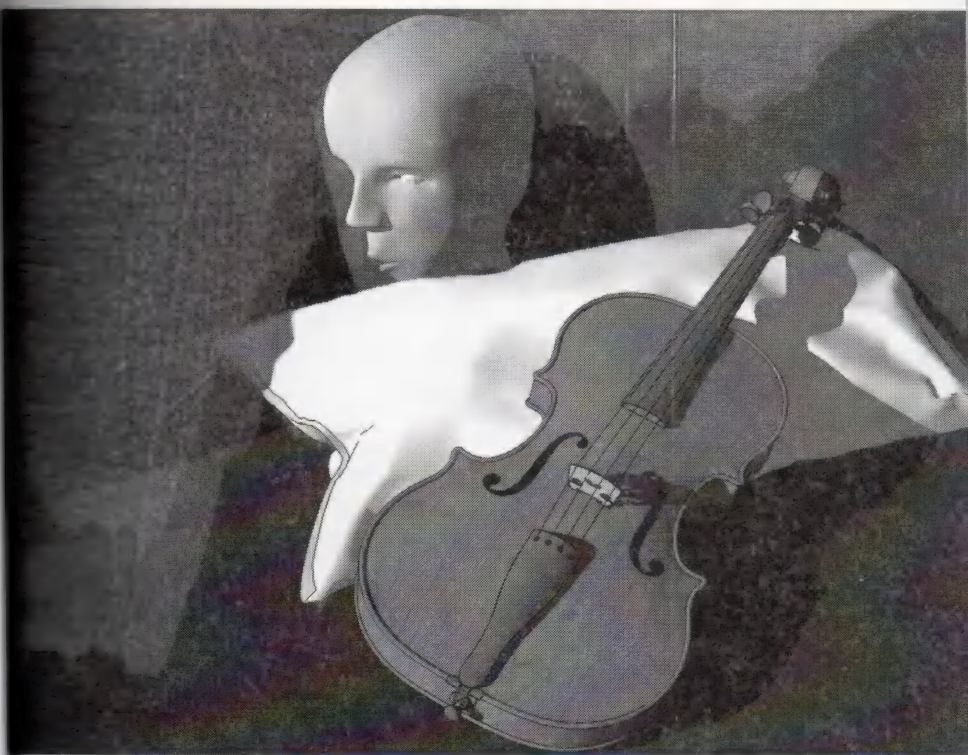
La escritora pensaba en su personaje, quería conducirla paulatinamente por caminos tortuosos y difíciles con el fin de probarla con fuego y conseguir como resultado la fuerte mujer tatuada con el dolor que desde el principio ella pensó que Devorah sería; procuraba, de este modo, que la condición de mujer férrea que ella misma le imprimió al concebirla en su mente, fermentara en sus propias cicatrices. Pensaba en el tipo de mujer en que quedaría convertida Devorah al final del relato si lograba sobrevivir a aquella prueba. La embargaba una lujuriosa satisfacción al imaginar cada trance, cada traspié, cada momento de incertidumbre; porque era así, a cada paso le sucedía una constante amenaza, una risa, un borrón, un desliz, porque si bien para Laura esto no era sino una prueba montada a costa de pequeños detalles en la ficción, para la creada en cambio todo era vida, la historia de una vida minuciosa y tenaz que ella tenía la obligación de enfrentar a cada segundo, una vida nueva que comenzó en el mismo instante en que Devorah tomó el cuchillo en sus manos y lo hundió en el cuerpo de aquel hombre que la subyugaba por

completo. Sin embargo, todo esto para Laura carecía de importancia, a ella solo le interesaba conducir a la protagonista por un trillo de amarguras continuas para desembocar en un desenlace impactante que estuviera preñado de un final inesperado, de esos que dejan a los lectores boquiabiertos y a quien escribe con una rotunda sensación de gozo. Qué más podría anhelar una mujer con dos largos años de pausa literaria pesando sobre sí. Por eso con más fuerza que nunca, Laura escribía: a esa hora de la madrugada, Devorah sintió que se le revolvía el estómago; su organismo tenía una imperante necesidad de alimento, así que se arrastró como un animal entre la maleza para recoger algunos cogollos y flores húmedas; las engulló rápidamente y de ese modo logro aliviar esa inminente demanda corporal. Por un momento se incorporó para indagar si la llovizna era real o acaso solo la soñaba. Llovía, la madrugada se hacía más triste; ella hizo un nudo en sus cabellos mojados, quiso llorar, más no lo hizo, no sabía por cuánto tiempo más podría aguantar bajo esas condiciones; volvió a abrazarse a sí misma y a echarse al suelo.

Laura comenzó a meditar sobre el final de aquella historia, entendía que ya era hora de cerrar con broche de oro su relato y poder salir por la puerta grande, sus ojos mostraban inmensa satisfacción cada vez que leía y releía lo que había logrado hasta

ese momento; veía en el relato un trabajo limpio y bien pulido, pero a la vez reconocía que faltaba el paso quizás más importante para ella, el final. Cavilaba sobre el mismo, al tiempo que ponía todo empeño para que este no desestabilizara la tensión del relato completo, tenía que estar acorde con lo logrado hasta ahora, pues en ello se jugaba su futuro como escritora; Laura había aguantado por mucho tiempo aquel momento y ahora estaba a un tris de alcanzarlo, ese eslabón llamado Devorah estaba a punto de dárselo; por eso, sin perder un solo segundo volvió a ubicarla; allí estaba Devorah, aquella madrugada la había dejado tirada en el suelo bajo una ligera llovizna, a punto de llorar, acababa de saciar su hambre con cogollos y algunas flores y justamente ese detalle la hizo reaccionar y recordar que ella misma, durante un buen rato, tampoco había comido nada, estaba tan concentrada en su relato que se había olvidado de ingerir alimentos. En ese momento se incorporó, se dirigió a la cocina para descubrir la deprimente desnudez de su nevera. Aparte de una jarra de agua, no había nada que echarle al estómago. Un tanto incómoda, se puso algo de ropa y salió a buscar comida; sabía que le tomaría un buen tiempo ir y volver del centro comercial y eso la fastidiaba. Caminó con esa sensación con la que andaba por el mundo cuando trabajaba un relato, sintiendo que nada le era ajeno; de repente se sintió sofocada, como si las fuerzas le

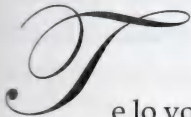
abandonaran y se tiró al suelo con ganas de llorar. ¿Acaso sería esta la misma sensación que sintió Devorah? En efecto, un temblor la invadió de pies a cabeza al escuchar los mismos ladridos que momentos atrás había escuchado Devorah, los mismos pasos sobre las hojas secas, el serpentear de las luces de las linternas perforando las sombras; entonces pensó en César, pensó en tantas cosas, pero sobre todo imaginó a Devorah sentada en su escritorio escribiendo toda la escena; sin embargo, no le importó para nada el sentimiento de angustia que en aquel mismo instante podría experimentar el personaje principal de su cuento, ni siquiera le importó el hecho de carecer de cualquier tipo de control sobre su propia existencia; su vida había entrado en un estado de trance; una especie de agujero negro se abría de repente en el limbo de su escritura. Lo único que verdaderamente aterraba a Laura era el final que le darían a su historia. Ardientes lágrimas brotaron de sus ojos y el pavor la invadió al darse cuenta de que ella no podía hacer nada, absolutamente nada para evitar que Devorah pudiera distraerse pensando en la venganza y no tratara de comprender, tras un esfuerzo técnicamente posible, que aquel final tenía que armonizar con el resto del relato.



Cuarto Premio

Garañón

Seudónimo: Patronio
Autor: Juan E. Báez Melo

e lo voy a decir a ti porque sé que eres una persona de mente abierta, un librepensador, ¿recuerdas aquellos años de secundaria, cuando teníamos un grupo muy compacto, cuya mayoría pasó a la Autónoma y se inscribió en la misma facultad? Pues bien, la camaradería continuó en la universidad y luego se extendió a nuestras vidas de casados.

De aquella bandada solo quedó uno sin formar hogar: José Manuel, el Popular Manengo, como le gustaba que le llamaran. Fue un solterón irreductible. "Cuando me despierto, me bajo de la cama por el lado más cómodo ", solía decirnos. "Mi soltería me permite llegar a la casa a la hora que se me pegue la real gana sin tener que rendirle cuentas a nadie", era otra de sus sentencias.

Ahora te cuento lo que pasó con Manengo y de paso queda contestada la pregunta de por qué no

nos reunimos los viernes, rompiendo una tradición de tantos años. Es más, algunos compañeros de faras solían decir que ellos se casaron "con separación de viernes", ya que ese día de la semana nos juntábamos para departir, sin la compañía de nuestras respectivas esposas. Manengo era el encargado de buscar los sitios más idóneos, los que nos permitían estar cómodos; lugares sin mucho jolgorio, en los que era costumbre hablar quedo para no molestar a los ocupantes de la mesa vecina. Él siempre estaba enamorando a las meseras, lo que le tolerábamos por su soltería.

Era fuerte, acostumbraba levantar pesas y todos los atardeceres, corría alrededor del parque de su barrio. Cada vez que saludaba a uno del grupo lo hacía con un fuerte abrazo, es más, cuando me abrazaba yo hasta me sentía protegido, muchas veces me quedaba más tiempo del conveniente envuelto en ese abrazo que sentía como de hermano mayor. Un día se lo confesé a mi mujer y me dijo que de no haber sido porque ella sabía sobre mi indiscutible hombría, se hubiera sentido celosa. "Miren eso, yo, una mujer, celando al marido con un hombre", recuerdo que me dijo. Eso sí, después del incidente siento que me mira diferente; su actitud hacia algunas de mis cosas ha cambiado.

Para no cansarte, te contaré que una vez estábamos en un bar ubicado detrás del edificio de Dominicana de Aviación, sí, por el barrio La Feria,

con un ambiente muy bueno, amenizado por un violinista. Allí había un piano para los que tenían ínfulas de músicos, ellos trataban de interpretar lo que consideraban merecía ser llamado una melodía. Daba gusto ver esa manga de borrachos sentados frente al instrumento. En esa ocasión todos felicitamos al coordinador de los encuentros.

Aquella noche, cuando estábamos por abandonar el lugar, Manengo nos dijo: "Bueno, ustedes los esclavos hogareños se van a casa a rendir cuentas de con quién estaban y qué hacían, yo seguiré de juerga con aquella rubia de pelo ensortijado". La verdad, te lo confieso, no se veía mal la malvada; dicho y hecho, el tipo habló con el gerente del lugar obtuvo el permiso para salir con la escogida de la noche. Tres del grupo, cuyas esposas estaban en una reunión de padres del colegio de sus respectivos hijos, nos pusimos de acuerdo y seguimos al amigo. Fue una especie de persecución de película policíaca, sin que el perseguido lo advirtiera. Lo vimos tomar la Jiménez Moya hacia el Malecón y en una esquina doblar al oeste, a la zona de moteles. Cuando entró a uno lo esperamos en la puerta. No quisieras imaginarte lo que pensarían nuestras esposas si nos hubieran visto plantados allí.

Recuerdo que para hacer más corta la espera, Ramón nos relató la historia de un matrimonio que, para celebrar el aniversario de bodas, fue a un reconocido restaurante y en lo más romántico de la

velada se presentó un señor preguntando por el propietario de un carro azul, de tal marca y modelo, con qué sé yo qué numeración de matrícula. El esposo contestó que era su vehículo, tras lo cual el visitante le solicitó hablar en privado, el marido le dijo que no, que le hablara frente a su esposa, que el no tenía nada qué ocultar. "Bien, ya que usted insiste -le dijo el desconocido-hace diez días, mientras ese carro salía de un motel de la carretera de San Isidro, me chocó". Sobra describir el rostro del marido, quien únicamente atinó a expresar: "Pero mujer, tú me dijiste que ese choque fue en el estacionamiento del supermercado". El caso es que no sé si esa historia fue un invento de Ramón o lo leyó en algún libro o periódico.

Hora y media después salía el automóvil de Manengo, al cual le cortamos el paso e inmediatamente lo enfrentamos en actitud jocosa.

Ese hecho dio al traste con la peña. El grupo se dividió; él jamás ha querido regresar, el resto nos culpa a los que le seguimos por lo ocurrido. Le hemos dicho que sin su presencia nuestros encuentros son desabridos, que es el alma de la pandilla, que lo respetamos.

Lo que verdaderamente ocurrió fue que aquella noche descubrimos que la famosa rubia de pelo ensortijado, en realidad era el violinista del bar.

Menciones de Honor

Primera Mención

Un Espejo Familiar

Seudónimo: Ticiano

Autor: Ricardo Nieves

*"...hoy, lo que piensa la cabeza
y luego dice la boca, no será,
necesariamente, lo que terminará
haciendo la mano". (BECK).*



El descubrimiento, intrigante y rencoroso, lo fulminó al instante: se miró al espejo del tocador, y como por efecto de una evaporación completa, su cabeza desapareció impunemente. Una mancha angustiosa y oscura emborronó su cara, y ocupó hasta el último pliegue de sus entrañas. En suma, a pesar de la hora fresca, su cuerpo se le cubrió de un sudor viscoso y aquel rostro, liviano y agradable de varón post-moderno, se le esfumó sin contemplación. Pero cómo describirlo (*y quién pensaría que me iba a corresponderme a mí soportar los relámpagos fugaces de ese episodio irremediable y farragoso*), si había que estar allí para entenderlo; verlo con aquellos ojos de

salmón congelado, boquiabierto, y ante el despojo, retrocedió espantado. El guiño macabro del rostro indescifrable. El intento por vociferar que se le trocó en un aullido apagado; casi gatuno, felino. Con toda franqueza, cuando terminó de rasurarse y estalló con el primer grito, a mí me pareció un gimoteo horrible y humanamente humillante. Estaba embuchado en chapetón de dormir, sigiloso, en medio de la habitación, ensombrecido por el gesto tan engorroso y huraño (*¿Habría quién pudiera creerlo?*)

Conforme a la propia luz de sus ojos, él se vio y se consideró un hombre decapitado. Consciente o no (cuán difícil adivinarlo allí), pugnó por reponerse del enojo, desembarazarse del trance; por eso, abiertos y en cruz, levantó los brazos (nadie más parecido entonces a un condenado, suplicante o extraviado). Demandaba, para mí, una explicación; buscaría asirse a un mínimo destello de la razón, y afrontar con sensatez la fantasiosidad perversa de tamaña provocación. En eso, respiró profundo y por un brevísimo minuto se aquietó.

(El cielo de afuera, lo recuerdo pardo y sin nubes, variaba del azul dudoso al gris opaco de las chimeneas en erupción. Junto, despótico y a riendas sueltas, aleataba sobre los andamios caídos de la primavera, y sin duda alguna, bajo el lomo esquivo de su memoria.)

Entonces recapituló, al menos enseñó esa pretensión, pues, a más tardar a las siete y diez era el tiempo inexcusable de su ducha tibia, del té adelgazante y del aroma vitalizante de su colonia Laroche. Luego vendría el café con Cremora, se cepillaría en un santiamén y apuraría su enjuague bucal, Menta Fresh. Como (hubo de pensar) era martes, vestiría de ropa light, Boss Casual, calzados Rottini de dos tonos y medias de Oscar, color pastel... Asumió el retorno mental a la rueda ritual de su existencia. Al complot diluviano de plena compostura y exigencia, vale decir, de su entorno, de su reinventado rol y renovada ascendencia social.

(Esto era un orden casi sagrado para él, pautado para comenzar a las siete y diez. Por ello, ahora me explico su reacción al escuchar el timbre insufrible del despertador colocado en la preciosa mesa de nogal. Y rememoro, de acuerdo a prioridades y urgencias: para salir a trabajar requeriría de un instrumental cotidiano o elemental; a saber: de un portafolio Cartier, la laptop Dell, el Blackberry y, por supuesto, de la pistola Glock.

(¡Esta esplendidez!, la vivencia que le otorgaba el placer promedio de vivir y de usar, entre necesidades y encanto, cada objeto de su única y exclusiva pertenencia.). Por allí rondaba, empinado en el apartamento F del piso veintitrés. De tumbo en tumbo, cuándo, y quién sabe cuentas de cuál demonio, le sobrevino el embrollo ese de verse guillotinado

sin ton ni son, delante del tocador. Algo -sospeché-, había quebrado en el fondo atribulado de su alma, hondo. Un sinfín de cavilaciones fermentó de su interior, porque repetidas veces deslizó la vista hacia la superficie del tocador y, otras tantas, su cabeza ausente lo dejaba sin opción. Instigado por el desconcierto se sujetó, pudiera decirse, se atenazó cabeza y cara con ambas manos (como previendo su desarticulación concreta), para volver a "resguardarse", con una mano, la mandíbula, y con la otra y en lo sucesivo, la frente, los pómulos, el mentón...Merced al roce compulsivo de los dedos apercibió el toque glacial-intermitente del aftershave Armani Black-Code, reciente. Y una anestésica sensación lo demoró en un relax embustero, fugaz. A causa de que el recorrido digital era exasperante y grosero: manos iban y venían, de cuello a mandíbula, de frente a mentón, y al ras de los poros todavía abiertos por el frescor (¡oh, Señor, esa repetitiva ilusión!). El trayecto anodino de sus dedos auscultando a tientas la certeza del corte; o mejor, el puntito inequívoco de la incisión. En definitiva, sus manos resbalaron al tronco rosado del cuello, donde, al decir de sus ojos, el espejo produjo la intempestiva usurpación. *(A no ser eso, ¿de dónde diablos partía aquel tanteo fastidioso y trepidante de sus manos fuera de control?)*

Avanzó la mañana. Sería imposible reivindicar con detalles los resabios de aquel martes veinti-

dós. Diré, en todo caso, que él asimiló la culpa de las faltas y los retrasos. De las compras pendientes en el shopping center, del enjambre de e-mails pululantes sin responder, de los compromisos fallidos en el Mall; en fin, de la ansiedad sobreviniente por haber faltado al Body Shop... Al recordarlo, más adelante, amargamente sonrió. Se frotó los ojos con el abanico disuelto de sus manos y volvió la cabeza al aparato mutilador. Al vértigo de mirarse y solo ver, pálido y tembloroso, un ramillete de diez falanges flotando en el espejo del tocador. Carcomido en su interior (en sus propias narices), sus ojos eran ya dos pupilas deshechas por el pavor. Si fueron ínfulas de un espejo tramposo o escaramuzas del órgano negado al reflejo natural de su función, ni yo misma lo sé. Inexpugnable y pertinaz, sin embargo, era ese visaje filoso del espejo familiar, cercenándole su cabeza sin más ni más.

(No me moví un segundo de mi rincón. Medí hasta donde me fue posible el grado de la ironía, la desazón, de dos ojos que a un palmo del espejo cruel, jamás aparecieron en él.) ¿Horas, minutos, segundos?, no lo sé. Con todo, el siguió ahí, prendido a la percepción espantosa, y acto seguido se desplomó en su sillón Natuzzi (rosado, en piel). Marchó hacia atrás y devino en un inventario absurdo, si se quiere testamental, de los objetos presentes en la habitación; a poco se detuvo, suspirando delante de una repisa de ébano descomunal. Nivelada

a su pereza, en el piso de cedro encerado, imperturbable, Benyi lo contempló con unos ojos llameantes y profundamente tristes (*sería extraño atribuírselo a un animal; pero, en verdad, a mi me latieron aquellos ojos como si hubieran sido de piedad*). Benyi, acucillada en la alfombra, yo, apretujada a las barras frías de mi silla rodante, no lo perdimos de vista un solo instante, desde, diríase, el mismo comienzo de su degollamiento espectral. (*¡Y para qué nos sirvió presenciarlo todo, Benyi, desde este ángulo mudo de nuestra común inutilidad!*)

Emparejada a su inquietud lo sobrecogió una pedregosa resignación, extendió las piernas; se levantó. Con mecánica dificultad desató la rigidez del cuello tieso, y ¡zas!, encendió una Chandelier colgante de cuentas sonoras, brillantes. La iluminación, por demás, no agregó una pizca a la situación, tampoco al curso ciego de su derrumbadero expectante. Trastabilló; similar a quien recibe un empujón pasó del dormitorio al vestíbulo exterior. Y allí, detenido ante el espejito alargado de la pared, con desapego, se miró por última vez.

{Me detengo aquí. Lo evoco. Revivo en él el maquillaje y los sollozos de mi madre, el día de su huida estrepitosa del apartamento y de las garras de ese hombre..., quien partiría por igual.}

El vistazo final hubo de ser despiadado y terminante: se miró al cuello de reojo, y en seguida

rebrotó la mondadura limpia, rasante. Resignado a su cabeza inexistente divagó hecho un harapo viviente, torpón, hiriente. Y una recia conmoción lo incitó a trotar..

Por razones entendibles no me fueron claras todas las cosas a partir de ese momento; ahora bien, daré fe de una irrefutable: puedo jurar que él nunca se molestó en llamar a su mujer, mi madrastra (*¡cómo detesto, en esta hora, pronunciar esa palabra!*), quien dormitaba tendida en la cama barroca de la habitación contigua. (*De cualquier manera, me atengo al convencimiento de que su respuesta, invariable y ponzoñosa, no hubiese ido más allá de esta: "interrumpes mi sueño con el único y despistado propósito de preguntarme si tu cabeza está donde debiera estar. Sabes, eres un venerable bárbaro"*).

Al fin y al cabo, a su espíritu gelatinoso, cemento y fragua de la postmodernidad, le era impensable suponer la posposición de los recovecos cronometrados de su suerte, una suerte improbable de enmendar ni detener. A la deriva, precipitándose, anduvo a la brega de decidir entre la imagen falaz que lo descabezaba ipso facto y el frágil cosquilleo de su conciencia desbarrándose. Sin resabios, lo ganó el primer mandato. La pulsión liminal dominó en el acto. Con el desgarró de una humildísima lentitud lo vi rumiar dentro de la multitud de objetos novedosos y apiñados.

Abrió la puerta en dirección al ascensor, todo un animalito adentrándose en la jaula o el corral. Eligió, a pasos del requiebro, el Cartier, la Dell, el Blackberry, la Glock, y bajó.Sin respiración cruzó el lobby, de un brinco al aparcamiento rectangular. Ahogándome el corazón aceleré mi silla y un nudo de piedra me oprimió la garganta seca. Contra mi pesadez alcancé el umbral, con enorme precariedad los marcos inferiores del ventanal. A mi lado, balanceándose aún, repuntó mi madrastra de repente y, pies con ruedas, nos emparejamos a descorrer el cortinaje denso del cristal. Nunca la miré a plenitud, pero allá, en ropa elemental, la intuí entumecida por el sopor, mientras sofocaba el llanto por la tirantez del minuto crucial. Abajo, transformado en una fiera enrojecida de metal, el Mercedes Benz (del año) aceleró sin oposición. Se encaramó a la isleta peatonal y arrasó verjas y adoquines y arbustos y flores del bulevar..., por fin, a corta distancia, se estrelló contra el bloque de granito y bronce y, de paso, desmoronó el busto de un prócer nacional.

Ceñidas al reborde de la ventana abierta quedamos estupefactas y heladas; sin hablar. Inaudible para nosotras fue el disparo, atascado y seco, en el interior del carro blindado y atenuado por el griterío tumultuoso que por las mañanas suele apoderarse de la ciudad. A solo minutos de su salida del apartamento F del piso

veintitrés de la "Torre Espectacular", mi padre, auto en marcha y sin ninguna duda a su favor, acabó por dispararse en la sien derecha de su cabeza ovalada, hirsuta, y sobre todo, real.

Hoy, por mi parte, desde los muros coloreados de este orfanato, es muy poco lo que pueda hacer o cambiar. Eso sí, por lo pronto resolví algo: ¡nunca más volveré a rodar al apartamento F, nunca más! En cuanto a ella, la conozco bien, demasiado bien, y sabía que no iba a esperar mucho para mudar algunas cosas de lugar y remover otras de alrededor y yo entre ellas. Aunque, claro está (porque no constituye sorpresa alguna para mí), se decidió a mantener intacto el célebre espejo del tocador.

Segunda Mención

Terminal

Seudónimo: Momo

Autor: Simón E. De Castro Morel

*D*amas y caballeros, el vuelo 651 con destino a Santo Domingo ha sido pospuesto nuevamente hasta que los problemas mecánicos de la nave se hayan solucionado satisfactoriamente. Les pedimos excusas por las molestias que esto les pueda ocasionar. Estaremos abordando dentro de aproximadamente una hora.

“Una hora, como no, ni ustedes se lo creen”, pensó para sus adentros, “la otra vez para esta fecha fueron seis horas y no le dieron ni una explicación a uno”.

Uno y dos, solo los grupos uno y dos y pasajeros de primera clase. Señor, déme su pase de abordaje. A ver, 27A, a la derecha en la ventana.

“En la ventana, menos mal, así me siento menos claustrofóbico”, refunfuñaba constantemente en voz baja, como si con ello aliviara su preocupación, “al menos puedo ir viendo el cielo, aunque a esta hora de la noche no se ve ni cielo ni nada”.

"Todo se ve oscuro, cielo, no creo que hallemos una salida sencilla a este problema", le había dicho su novia hacía ya dos años. "¿Y si tú te vas primero y yo me quedo aquí en lo que te salen los papeles? Cada cierto tiempo estaremos viajando".

Estaremos viajando durante aproximadamente tres horas y cuarenta y cinco minutos a una altura aproximada de treinta mil pies.

"A estas alturas ya ni sé lo que haremos", siguió diciendo ella. "Te vas y nos casamos después, pero no puedes perder esta oportunidad. Tampoco es que tengamos muchas opciones".

Sabemos que tiene otras opciones, gracias por preferirnos.

Habían preferido luchar por salir adelante en vez de rendirse, aunque la lejanía se iba haciendo cargo de dañar la relación poco a poco a medida que los viajes se hicieron cada vez más esporádicos. El pensaba "ya estaríamos juntos si no fuera por las estúpidas leyes".

Por leyes federales durante este vuelo está prohibido fumar.

Fumar era el único de sus hábitos que ella no le toleraba, aparte del hecho de que el trabajo era agotador y además no les dejaba mucho tiempo para verse.

Cuando llegaba a la casa de ella, siempre estaba cansado y se quedaba dormido.

Se había quedado dormido hacía un rato, pero despertó con tantos brincos que daba el avión. Masculló entre dientes: "Y así no quieren que a uno le dé miedo".

"No debes tener miedo, estas cosas le pasan a todas las parejas", le dijo ella. No sabía qué responder y volteó a ver a otro lado, fijando la vista en un letrero. En letras negras sobre fondo blanco decía "Reglas para su seguridad".

Por su seguridad, ella había preferido quedarse allá siendo su ex-novia y no venir a otro país para ser la esposa. Ahora pensaba que la "seguridad" había apagado el fuego que entre los dos habían encendido.

Señoras y señores, el capitán ha encendido la señal de abrocharse el cinturón. Estamos pasando por una turbulencia.

"Estamos pasando por un mal momento" le repetía él una y otra vez al teléfono, "esto lo superaremos", pero que va, ya su mente estaba decidida y su corazón también. Él salió de su casa como loco esa noche, sintiéndose enfurecido, triste y desconcertado. Lo primero que hizo fue pararse en un bar y pedir un trago.

¿Desea algo de tomar, señor?

“Déme un jugo de naranja, por favor”. Por fin habían brindado algo en aquel vuelo, pues ya le hacía falta tomar algo, tenía la boca seca.

“Tiene la boca seca, al igual que el resto de su cara”, le había contado la hermana de ella la última vez que él llamó. Decía que en menos de tres meses había perdido todo el color de su rostro y su pelo se veía sin vida, que las cuencas de sus ojos eran cada vez más cuencas y menos ojos y que se pasaba todo el día con la mirada perdida.

Su mirada estaba perdida buscando alguna nube a través de su ventana en la tranquila oscuridad de la noche, ahora que había pasado el mal tiempo. Se llevó de nuevo el vaso a la boca.

En esa boca que tantas veces había besado ahora se dibujaba un rictus de dolor, según la hermana. Su cruel descripción continuó: “su cuerpo, antes ligero y esbelto, ahora se ve cadavérico, como un despojo, hay que asistirle en todo”.

Los asistentes de vuelo estarán pasando por la cabina a recoger cualquier desperdicio.

Toda su vida era un desperdicio. Había dejado atrás a la mujer querida por irse en pos de un sueño de progreso y luego estaba dispuesto a dejarlo todo por volver a ella como lo estaba haciendo en este momento.

En este momento les pedimos que coloquen los respaldos de sus asientos en posición vertical

"Yo le arreglo el asiento para que pueda comer un poquito, aunque ya ni hambre tiene la pobre", prosiguió la hermana, "casi ni se le entiende lo que dice, para escucharla hay que acercársele".

Nos estamos acercando a nuestro destino final. Les pedimos que por favor discontinúen el uso de aparatos electrónicos.

"No quiere que la conecten a ningún aparato para mantenerla viva", prosiguió la hermana, "Yo sé que ya le queda muy poco tiempo".

En poco tiempo estaremos aterrizando en Santo Domingo. Por favor permanezcan sentados hasta que lleguemos a la terminal.

"Terminal", aquella palabra resonó en su mente igual que cuando recibió aquella llamada de su exnovia con una voz que desconoció. De aquella extraña y breve conversación solo recuerda cuatro palabras: Cáncer en fase terminal. Y no podía creer que ya casi le llegaba la hora.

La hora loca: Tres y diecisiete minutos de la mañana.

"Hora del deceso, tres y diecisiete minutos".

Gracias por haber viajado con nosotros.

Tercera Mención

Cita a Ciegas

Seudónimo: Andrómeda

Autor: Delta Elina Espinal de León



El hombre, frente al espejo, le daba los últimos toques a su corbata, se peinaba un poco con la mano y se arreglaba el traje. De pronto suena el teléfono y es su contestadora, recordándole que tiene una cita a las seis treinta, con una chica morena, vestida de rojo, en el parque central. Se da cuenta de lo tarde que es y rápidamente toma las llaves de su coche y sale a la calle.

Recorre a toda prisa un par de cuadras y solo al llegar a la verja del parque aminora la marcha y comienza a desviarse mínimamente. Estaciona el coche cerca de la entrada principal del parque sale del coche y comienza a caminar. Es un hombre maduro, con pelo corto y lentes, viste un traje gris con una flor blanca bastante aparatosa en la solapa, parece del siglo pasado por su aspecto que choca con los alegres y modernos vestidos que llevan las personas que entran y salen del parque.

El hombre camina con preocupación en el rostro, parece nervioso, como si fuera a su ejecución en vez de a una cita. Llega a un banco, mira hacia atrás y comprueba que es el tercero desde la entrada. El banco está vacío. Mira a un lado y a otro y ve que nadie se acerca. Saca un pañuelo del bolsillo, limpia uno de los extremos del banco y se sienta con las rodillas muy juntas y las manos cruzadas sobre las piernas.

Detrás del hombre unos niños juegan a la pelota. Enfrente del banco, en el césped, hay una pareja de enamorados besándose apasionadamente. El hombre los mira con detenimiento y una ligera sonrisa aparece en su rostro. Toma aire y hace un gesto como para darse importancia. En ese momento la pelota golpea con violencia el banco por la parte de atrás. El hombre se asusta y girando la cabeza, ve como los dos niños se alejan riéndose. La pareja de enfrente deja de besarse y le miran sonriendo.

En ese momento se acerca una persona al banco. El hombre mira hacia ella pero la ve desenfocada, a medida que avanza se va poniendo cada vez más nervioso, se ajusta la corbata y se dispone a decir algo cuando ve que es una anciana y que pasa de largo. Cruza las piernas y se acomoda algo más en el banco. La pareja de enfrente se levanta y se aleja del parque. Cada vez hay menos gente. Está anocheciendo. El hombre mira el reloj, cambia algo de postura. Espera, es totalmente de noche, una

noche cerrada, solo las luces de las farolas iluminan algo el parque. El hombre permanece sentado en el extremo del mismo banco. Mira al reloj, mira de nuevo a ambos lados del banco. Esta vez se pone las gafas. No hay nadie.

El hombre se levanta y comienza a alejarse del banco. Al dar unos pasos tropieza con algo que sale de detrás de uno de los arbustos que rodean los jardines. Se cae al suelo. Entonces ve que ha tropezado con un pie que lleva un zapato de mujer con tacón alto. Se levanta asustado y muy despacio se dirige hacia el arbusto. Lo rodea y ve que hay una mujer tendida en el suelo. La luz de una farola cercana permite ver que es joven, tiene una herida en la cabeza, lleva un traje rojo y es morena.

El hombre asustado da unos pasos hacia atrás. Corriendo se dirige hacia la salida del parque, ve que no hay nadie, las calles están vacías. Solo su sombra se proyecta gigantesca sobre las paredes blancas de un edificio. Entonces ve su coche. Se mete dentro.

El hombre intenta arrancar el coche, pero los nervios hacen que las llaves se le caigan al suelo. Al recogerlas del piso del vehículo recuerda la voz de su contestadora, morena, vestida de rojo. Se queda quieto, se deja caer hacia el respaldo. Se comporta como si estuviera oyendo una conversación. Mira al

espejo retrovisor y se imagina la cara de un policía con casco, gafas oscuras.

El hombre abre más los ojos, está muy asustado. Se afloja la corbata, vuelve a mirar el espejo retrovisor. Ahora ve la cara de una señora mayor de edad. Cree oír la voz de la anciana.

-Sí... me dijo que iba a una cita a ciegas con un hombre con una flor blanca en la solapa.... Todo se repite como un eco, una flor blanca en la solapa,....una flor blanca en la solapa.

El hombre, como enloquecido, se arranca la flor de la solapa y la estruja con la mano. Vuelve a mirar el espejo retrovisor, ya no hay más que la calle desierta. Se lleva las manos a la cabeza. Así permanece unos segundos. Luego aparta las manos, su cara denota una expresión diferente, más seria, menos asustada. Toma una determinación: tiene que deshacerse del cadáver. Con decisión arranca el coche.

El vehículo marcha atrás y con las luces apagadas, penetra en el parque y se para al lado del arbusto donde se encuentra la mujer. El hombre baja del coche, se quita la chaqueta, abre el baúl, introduce el cuerpo de ella en el maletero no sin dificultades. Intenta cerrar el baúl, pero no lo consigue a la primera, parece que no cierra bien. Al segundo

intento lo cierra. Vuelve a arrancar el coche y se aleja del parque.

El hombre conduce con nerviosismo, está sudando. No hay casi nadie en la carretera. En ese momento un carro de la policía se le cruza en dirección contraria. El hombre nervioso sigue con la mirada el carro y ve por el espejo retrovisor que da la vuelta y se dirige hacia él. El carro de la policía hace señas al conductor para que se pare en el paseo.

Se para en el paseo y ve por el espejo retrovisor cómo un policía baja del coche y se le acerca. Es casi la misma imagen que había predicho cuando decidió deshacerse del cadáver. El agente se acerca, saluda al estilo militar y le dice:

-Buenas noches, me parece que no se ha dado cuenta que tiene el baúl del carro abierto. El hombre mira hacia atrás con sorpresa, se baja del coche y cierra el maletero con energía, y saluda al policía que se mete en el coche. El carro de la policía arranca, da la vuelta y se aleja en dirección contraria. El hombre saca el pañuelo del bolsillo se seca la frente, vuelve a comprobar que el baúl está bien cerrado y se introduce en el coche.

El hombre camina sin rumbo por varias horas hasta que pasa un puente y decide parar el coche en la mitad del puente. El hombre se baja del coche y abre el baúl. Toma una cuerda y junta las piernas de

la mujer y la ata a su caja de herramientas que aparenta ser bastante pesada. Con gran dificultad consigue sacar a la mujer del coche y la apoya en la barandilla del puente. En ese momento una ráfaga de aire repentina mueve el cabello de la mujer. Ella se despierta. Abre los ojos y aterrorizada comienza a gritar, él también lanza un grito de terror. La mujer comienza a pegarle torpemente con las dos manos sin dejar de gritar. Con una mano le arranca los lentes. El hombre enloquecido deja caer a la mujer. Ella cae gritando y sujetando los lentes del hombre con la mano.

Es una locura. El hombre se tambalea, parece un sonámbulo, otra vez su sombra, gigantesca se refleja sobre el asfalto. Se introduce en el coche y arranca, el vehículo sale patinando de forma violenta.

Por las calles, la conducción del coche es bastante errática. El hombre lo ve todo borroso sin sus gafas. Los semáforos y las luces de los demás carros los ve difusos. Las luces giran a su alrededor como si fueran alucinaciones. Está desesperado. De nuevo en su cabeza golpea un eco.

-¡Estaba viva! ¡Estaba viva!...

En una curva se sale de la carretera y acaba en la cuneta. El motor se para. El hombre exhausto se deja caer abatido sobre el volante.

-Estaba viva...

El hombre al fin llega a su apartamento, abre la puerta. Su aspecto es desastroso. Abre un cajón de su cómoda y comienza a rebuscar con violencia hasta que encuentra unas gafas viejas. Se las pone.

Suena el timbre del teléfono. El hombre mira el aparato asustado. El teléfono sigue sonando. Descuelga el aparato muy despacio y contesta titubeando. Del otro lado de la línea contesta una mujer tratando de disculparse por no haber acudido a la cita a ciegas en el parque, por haberse equivocado de lugar y no poder comunicarse con él.

-¡Usted! .Pero si estaba... ella... Entonces... ¿Quién era?...

El hombre baja el brazo y se queda mirando al infinito. La mujer al teléfono sigue intentando hablar con él. En su cabeza solo puede ver la imagen de la mujer flotando en el agua agarrada de la caja de herramientas. Tiene los ojos abiertos con una expresión de sorpresa en su cara y continúa agarrando las gafas del hombre.

Anexos

Acta Única

Los miembros del Jurado designado para ponderar las obras sometidas al Décimo Quinto Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el sábado 9 de marzo de 2008 en las instalaciones de esta institución en La Vega, hemos decidido otorgar los siguientes premios:

Primer Premio:

Título: "El Desertor"

Seudónimo: Doroteo Arango

Autor: Juan Ramón Pueriet

Segundo Premio:

Título: "Movimiento Elemental"

Seudónimo: Candy Candy

Autor: Ramón Gil

Tercer Premio:

Título: "El Eslabón Roto"

Seudónimo: Don Patxy Sarmiento

Autor: Roberto Adames

Cuarto Premio:

Título: "Garañón"

Seudónimo: Patronio

Autor: Juan E. Báez Melo

Por otra parte, el Jurado también decidió otorgar las siguientes menciones de honor:

Primera Mención:

Título: "Un Espejo Familiar"

Seudónimo: Ticiano

Autor: Ricardo Nieves

Segunda Mención:

Título: "Terminal"

Seudónimo: Momo

Autor: Simón E. de Castro Morel

Tercera Mención

Título: "Cita a Ciegas"

Seudónimo: Andrómeda

Autor: Delta Elina Espinal de León

Redactado y firmado en La Vega por los Jurados de este concurso, hoy 9 de marzo de 2008

Emelda Ramos

Luis Beiro

Carlos Fernández-Rocha

Sobre los Ganadores

Primer Premio:

Juan Ramón Poureiet

Hijo único de Pascuala Poueriet Calderón. Nació en la sección El Mamey, del Municipio de Higüey, Provincia La Altagracia, el 1 de enero de 1954. Desde 1961 a 1984, vivió en Santo Domingo. En ese año, al graduarse de doctor en medicina por la Universidad Autónoma de Santo Domingo, pasó a ejercer como médico rural en Hatillo Palma, provincia Montecristi; en Jaibón, La Caya, y Laguna Salada de la provincia Valverde; en Janey de Jánico, provincia Santiago; y en Guarey, provincia de la Vega. De 1990 a 1996 laboró por concurso como médico general en el hospital Ingeniero Luís L. Bogaert de Mao. Entre 1996 a 1999 hizo la especialidad en ginecología-obstetricia en el Centro Materno Infantil San Lorenzo de Los Mina de Santo Domingo. Del 1999 al 2001 laboró en el Hospital

Municipal de Esperanza; y del 2000 hasta hoy, en el Hospital José Francisco Peña Gómez del IDSS en Mao.

Ha publicado varias investigaciones en congresos y revistas médicas.

A la edad de cinco años, fue alfabetizado por su abuelo materno utilizando la Biblia como texto único, naciendo allí su afición por las narraciones. Su encuentro con las novelas y cuentos ocurrió de manera casual al ganar en 1967 una rifa en el colegio en el que estudiaba. Los premios eran una novela de William Faulkner, un libro de cuentos de Juan Bosch y una novela de un colombiano que acababa de ganar un premio internacional, se trataba de "Cien años de soledad", de Gabriel García Márquez. Después de pasarse toda la vida escribiendo, en el año 2007, decide presentar su obra participando en el concurso de cuentos de Radio Santa María quedando como finalista con "Los ángeles también pintan" y en 2008 participó de nuevo quedando en el primer lugar con "El desertor". Actualmente busca patrocinio para publicar cuatro libros de cuentos y dos novelas.

Segundo Premio:

Ramón Antonio Gil de Jesús

Nació en Santiago, República Dominicana en 1969. Graduado de Filosofía y Letras. Ganador de la tercera mención en el renglón de poesía del Concurso Eugenio Deschamps de la Alianza Cibaëña en 2006. También ganador de la tercera mención en el renglón cuento del concurso de la Fundación Global Democracia y Desarrollo (Funglode) en 2007.

Actualmente profesor de español y lenguas extranjeras en Puerto Plata.

Tercer Premio:

Roberto Adames de la Cruz

Nació en Constanza, República Dominicana en 1976. Estudia Ingeniería Agronómica desempeñándose como Gerente del proyecto de Invernaderos de la Zona de Moca. Ha recibido diversos galardones por su obra poética y cuentística en los concursos de la Alianza Cibaëña y Radio Santa María. En este última ha obtenido galardones en los años 1998, 1999, 2000, 2001 y 2004.

Ha publicado un libro con el título "Cuentos de doble filo".

Cuarto Premio:

Juan Emilio Báez Melo

Nace en Matanzas, Baní en 1948. Maestro Normal Primario egresado de la Escuela Félix Evaristo Mejía de Santo Domingo y Luego de la UASD, en la que obtiene una Licenciatura en Educación, Mención Ciencias Sociales. Ejerce la docencia en las escuelas Domingo Savio y José Enrique Rodó. Es co-propietario de la Librería La Trinitaria en la que se ocupa, entre otras cosas, de la participación en las Ferias del Libro a nivel nacional o internacional. Ha publicado dos trabajos de interés: "Los Hijos de Matanzas: Inventario Genealógico de una Comunidad Banileja" y "Humor por Internet: Recopilación". En el 2006 ganó el tercer premio en este mismo Concurso de Radio Santa María.

Sobre el Ilustrador

Henry Paulino Torres

Nace el 17 mayo del 1974 en la ciudad de Santiago de los Caballeros. Arquitecto egresado de La Pontificia Universidad Madre y Maestra en el año 1999, en donde estudió su especialidad en Arquitectura de Interiores 2005-2006. Es actualmente profesor en la Escuela de Arquitectura Francisco Camarena de la PUCMM. Inició sus expresiones artísticas desde muy temprana edad, participando en la jornada de murales infantiles en 1986, para los juegos panamericanos Santiago 86. Egresado de la Escuela de Bellas Artes de Santiago en pintura y dibujo artístico, bajo la tutela de los profesores Chiqui Mendoza y Mélido Pérez. Participante en varias exposiciones benéficas colectivas para CONANI, autor de la serie de dibujos a lápiz sobre papel "Tierra-Mar" expuesta permanentemente en el Hotel Casa Colonial, Puerto Plata. Ganador del 3er. lugar en concurso de pesebres en 1997 de la PUCMM.

COLOFÓN

Esta edición de quinientos (500) ejemplares
se terminó de imprimir en Editora Taller, C. por A.,
Juan Vallenilla. Esq. Juanico Dolores,
Zona Industrial de Herrera,
Santo Domingo Oeste, República Dominicana
en el mes de noviembre de 2008.



GRUPO LEON JIMENES
Por una mejor nación.